

## CAPÍTULO XII

Jaén, Baeza, Úbeda



STÁ sentada Jaén en la falda de un cerro cuya cumbre ocupan las imponentes ruinas de un castillo. Báñanla al oriente las claras aguas del Guadalbullón, y está casi en derredor cercada de huertas y jardines, entre cuyos árboles y flores des-

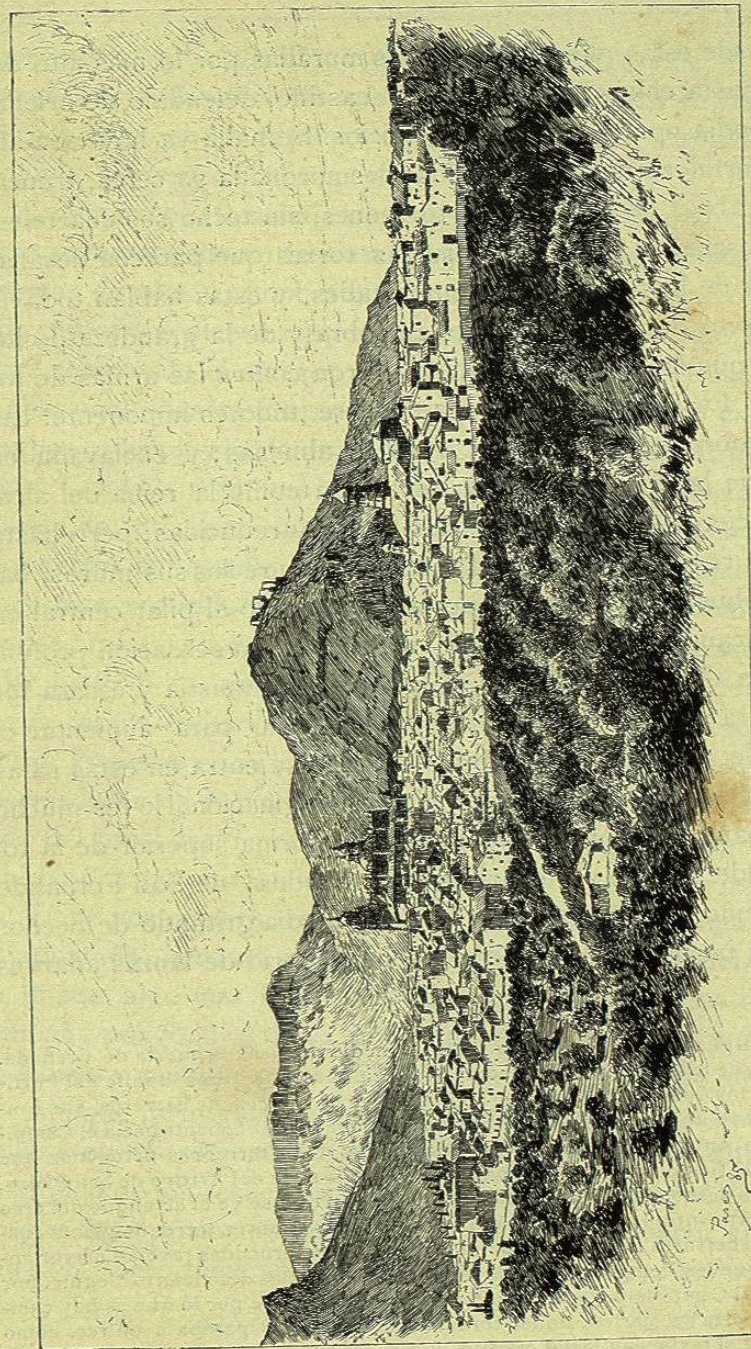


cuella la oriental palmera. Montes elevados le prestan abrigo y sombra al mediodía; y de ellos como de un fondo dispuesto por el arte se destacan bellamente las torres de sus templos y las agujas de su catedral, suspendida al parecer sobre los techos del contorno.

Sus calles son estrechas y tortuosas, pero producen un efecto agradable en el ánimo del viajero sus blancas paredes, sus hermosos balcones, cubiertos unos de pámpanos y yedra, recamados otros de madreselva, y adornados todos en los ángulos de sus barandillas con jarras de Andújar, cuya agua guardan del polvo paños orlados de encaje, sus frescos y deliciosos patios alfombrados de vistosas plantas y animados por el murmullo de fuentes que brotan de esbeltas copas coronadas de flores. La soledad y el silencio que reinan en algunas calles hacen aún más dulce la impresión de estas bellezas. Se recuerda involuntariamente la vida toda interior de los musulmanes, y hay momentos en que se llega á creer que está aún habitada la ciudad por Zaides y Zulemas.

No causan menos viva sensación sus antiguos muros. Están medio derribados y confundidos entre casas humildes, que se sentaron en lo alto de sus adarves ó pasaron desdeñosamente sobre sus escombros; pero se levantan aún á trechos grandes lienzos ceñidos de torreones, y se fija con placer la vista en esos restos sombríos, adornados ya por los siglos de yerbas parásitas que agita con dulzura el viento. Levántanse todavía entre ellos puertas que vieron pasar á El-Ahmar y á San Fernando; y sobre sus arcos, ya ojivales como los del Portillo del Arroyo de San Pedro, ya de herradura como los que tuvo la puerta de Granada y conserva la de Martos misteriosamente ocultos á la espalda de una torre; son tantos los hechos que en un momento puede amontonar la fantasía, que al contemplarlos apenas saben moverse fuera de sus curvas ni la memoria ni los ojos (1).

(1) Según pudimos colegir por los restos que aún existen, desde el castillo ba-



JAÉN.—LA CIUDAD Y SUS CERCANÍAS



Desde estas puertas trepan las murallas por lo más alto del cerro hasta enlazarse con las del castillo, defendido de oriente á mediodía por espantosos precipicios. Se halla ya hoy esta antigua fortaleza medio destruída, desmoronada su cerca, trunca da la cabeza de sus cubos y torreones, sin techo sus cuarteles; pero descuellan sobre estas ruinas torres que parecen desafiar el furor de los siglos y las tempestades, y estas hablan todavía en alta voz de la importancia de la obra y de la grandeza de los héroes que la levantaron y defendieron contra las armas de los árabes. La torre del Homenaje sobre todo es imponente. Levanta sobre las demás su corona de almenas; y enclavada en medio de las más altas se presenta aún como la reina del alcázar. Encierra en su interior salas tristes y reducidas; pero hasta en ellas revela grandiosidad y fuerza. Son recios sus muros, bajas y robustas sus bóvedas por arista, grueso el pilar central en que descansan sus ojivas; y al visitarlas causa sensación profunda hasta el silencio que las ocupa, hasta la mustia y escasa luz que entra por sus troneras, al parecer sólo para aumentar el efecto de sus luces y sombras. Apenas se entra en estas salas es ya difícil detener el vuelo de la imaginación; lo es mucho más, cuando se pone el pié en la plataforma superior de la torre, donde se cree ver enarbolada la bandera de San Fernando y oír á uno de los héroes de la Edad media gritando de pechos sobre la barbacana: « alzad el puente, cubrid de lanzas adarves

jaba la antigua fortificación por la parte de mediodía hacia la puerta de Granada. Seguía desde esta puerta á la catedral, y dirigiéndose luego por la calle del Portillo y la de los Adarves, iba á unirse con la que es hoy puerta de Barreros, sita junto á un convento de monjas Bernardas. Continuaba probablemente hacia el Campillo de San Antonio, donde existen todavía dos altos torreones octógonos que creemos del tiempo de San Fernando; corría por la calle del Arroyo de San Pedro, y se dirigía desde allí al Campillejo de Cambil, en que se ve el arranque del arco de una puerta antigua y las torres entre las que esta se abría, torres de planta cuadrada con aberturas circulares, que ya negras y desmoronadas revelan mayor antigüedad que las demás y llaman justamente las miradas del viajero. Seguía, por fin, desde el Campillejo, ya por el interior de la ciudad, ya por lo que es hoy campo, á la puerta de Martos, donde torcía hacia el norte y pasaba á unirse, como decimos en el texto, con la del castillo.

y torreones, nadie abandone el muro sino con la vida. Á vuestros piés están los abismos que han de ser la tumba de vuestros cuerpos antes que el sepulcro de vuestras honras, arrojad en lo profundo á vuestros enemigos.»

Comunica el Homenaje por medio de una muralla con otra torre sin antepecho en la plataforma, cuyas salas, cubiertas de bóvedas ojivales y alumbradas por ajimeces de doble arco apuntado, no ofrece menos interés que las anteriores al que las recorre conmovido el corazón y excitada la fantasía. Álzase junto á ella una ojiva casi aislada que parece haber sido en otros tiempos puente y á la espalda una capilla llamada Ermita de Santa Catalina, á la que sirve de asiento un arco elevadísimo, corrido de entrelazos árabes. Reflejan fielmente su época muchos restos del castillo; pero nada hay quizá tan característico como este reducido templo, donde enlazadas sin violencia las formas árabes y las cristianas, se levanta el arco ultrasemicircular junto á la ojiva, y aparece cortada la bóveda de punto por la cúpula elíptica que tanto distingue aún las fábricas del Kairo. Presenta en su fachada un simple arco ultrasemicircular encerrado en un recuadro, y en el interior una sola nave separada del presbiterio por un modesto escalón, á lo largo de la cual hay cuatro capillas ojivales ligeramente abiertas en el muro. Tiene por cubierta en el presbiterio y en la nave una bóveda apuntada; pero no en lo que constituye el centro del cruce-ro, donde, algo más levantada aquella, toma la forma de una campana polígona y lleva adornados los ángulos de una cinta de leones y castillos que va á perderse en el fondo de una clave. Aunque raro é incoherente en los detalles, reúne unidad y belleza en el conjunto. Está ya falto de imágenes y altares y destituido de los recuerdos que durante siglos conservó del obispo que cayó prisionero en Arjona y fué á morir mártir en Granada (1); pero tiene aún interés por sí, y cautiva las miradas

(1) Hubo, según muchos autores, en esta capilla del castillo, en lo alto de un



del artista no sólo por su hermosura, sino también por su sencillez, por lo determinado de su carácter, por esa misma mezcla de formas que en otros monumentos detestamos.

Después de la capilla llama ya muy poco la atención lo demás de este antiguo alcázar. Sus pabellones y cuarteles son modernos; sus murallas no consisten sino en vastos lienzos de argamasa cortados á trechos por torres, ya circulares, ya cuadradas; sus aljibes están secos; sólo merecen ya que se las recorra sus largas y multiplicadas piezas subterráneas, estrechas, lóbregas, profundas y abiertas algunas á mediodía sobre la vertiente del monte, sobre el fondo de los precipicios. Comunicaban con el exterior del castilllo no sólo las más de estas piezas, sino también algunas puertas subterráneas de que existen aún vestigios á la parte de occidente, donde se conserva, además de la puerta, el foso y el puente levadizo que la defendían.

arco, una imagen de este santo mártir, que no supimos ver por más que anduvimos buscándola detenidamente. Jimena dice acerca de ella: «Esta imagen fué á ver y certificar (en cumplimiento de auto proveído por el Eminentísimo señor Cardenal Obispo de Jaén en aquella ciudad á 5 de Octubre de 1645 años á pedimiento del Padre Comendador de la Merced de Jaén y aviendo precedido citación en forma, que se hizo al Promotor Fiscal del obispado) Antonio Fernandez de Rivera, presbítero, notario mayor de la Audiencia Episcopal, en compañía de algunos testigos; y como parece de la certificación que da á 25 del siguiente mes de Noviembre, aviendo subido este día al castillo de Jaén, aviendo entrado en la capilla dél, que está junto al Algibe, certifica, que en ella hay un Altar en el qual hay muchas Imágenes antiguas de bulto, y en el medio en lo alto una de Nuestra Señora con el Niño en brazos, y al pecho un escudo, como los de la Orden de la Merced, y frontero deste Altar está un arco, que es la entrada de la capilla, y en lo alto dél por la parte de la frente que mira al Altar están de bulto tres figuras, que parecen de yeso, como las demás referidas, y la de enmedio con casulla, y encima della una á modo de muceta, las manos juntas y levantadas á modo de un Sacerdote que comienza la Misa, y en el pecho relevada una targeta que parece la que ordinariamente usan los religiosos de la Merced, y en el cuello una señal roja, como degolladura, que parece llega de una y otra parte hacia el remate de ambas orejas, la qual figura está en uno como nicho ó tabernáculo. Y las de los que están á sus lados derecho é izquierdo, parece están vestidos como de Diácono y Subdiácono, ambos á dos con sus libros abrazados, y están sobre pedestales; mas á la principal, que es la de enmedio, le falta el pedestal y ay señal de que parece averse caído. Y segun el modo, traje y disposicion de estas Imágenes y las demás de la dicha capilla, todas manifiestan antigüedad y difieren de las destes tiempos.» (De las circunstancias referidas por este D. Antonio Fernández de Rivera sobre la imagen del medio, infiere Jimena que debió ser aquella la efigie del obispo Pedro Pascual, degollado por los moros de Granada.—Véase á Jimena, pág. 293.)

A pesar de tan grandiosos restos, es ya sin embargo casi imposible apreciar debidamente el conjunto de esta fortaleza, no sólo mutilada y destruída por las nuevas necesidades de la guerra, sino también modificada y profundamente trastornada por el gusto dominante de todos los siglos y de todos los estilos. De la obra primitiva, de la fábrica del siglo XIII, del alcázar que mandó levantar el rey Fernando el Santo, apenas le fué entregada Jaén por los reyes de Granada, ¿qué existe ya si no son su capilla y sus torreones que levantan aún al cielo sus sombrías barbacanas?

La misma suerte y aún peor cupo ya á los demás monumentos del mismo rey, ya á todos los que construyeron cuantas naciones y héroes sentaron su planta sobre el suelo de esta ciudad antigua. Jaén fué en otro tiempo Auringi; y á la entrada de los cartagineses sirvió ya de alcázar á Asdrúbal para hacer la guerra á los pueblos del Mediterráneo. Creció rápidamente en riqueza, en población, en fuerza; y no tardó en ser á la vez la salvaguardia de sus opresores y el terror de los romanos. En sus muros, sólo en sus muros pudieron encontrar un escudo contra sus enemigos Magón y los dos Asdrúbales después de haber sido vencidos en Ilturgis, Bigerra, Munda y en los mismos campos de Jaén: Gneyo Scipión los vió entrar en la ciudad; pero ni la combatió, ni la sitió á pesar de verlos mermados, abatidos y llenos de sangre y de ignominia. No pudieron pensar los romanos en reducirla á sus armas hasta después de la conquista de Cartagena: aun entonces vieron comprometida delante de ella la suerte de sus banderas. Lucio Scipión, hermano de Scipión el Africano, arrebatado por el deseo de vencerla al primer ímpetu, sentó cuán cerca pudo sus reales, abrió fosos, levantó dobles trincheras, dividió en tres partes su ejército, ordenó á la primera el asalto, y contempló luégo á sus soldados acometiendo con brío las murallas, y trepando por ellas entre millares de dardos y otras armas arrojadas; pero pronto debió reconocer cuánto más difícil podía serle la conquista de una



plaza tan bien sentada como defendida. Vió al enemigo llevando la ventaja, y le hubieran tal vez vencido á no haberse adelantado con rapidez á la cabeza de sus legiones y ordenado de nuevo al ataque; hecho con el que logró inspirar tal desconfianza á los sitiados, que, abriendo éstos de par en par las puertas, salieron al campo cubiertos con sus escudos y las manos desarmadas, y pidieron con fervor la alianza, la paz, la vida (1).

Fué luégo muy sonada la toma de esta ciudad. Publio Scipión prodigó por ella muchos elogios á su hermano, y no titubeó en compararla con la de Cartagena, calificando la plaza de opulenta, fuerte y bien situada. Era verdaderamente una ciudad notable Auringi; y lo fué más durante la dominación de sus nuevos señores, que la declararon más adelante municipio y la llamaron Flavia, del nombre de uno de sus emperadores. Mas ¿dónde están los monumentos que puedan acreditar su pasada grandeza? ¿Qué nos habla en ella de los antiguos pueblos que la dominaron? Sólo algunas lápidas, ya medio borradas por los siglos, recuerdan la ciudad romana, y de estas son aún, las más, simples inscripciones sepulcrales. Hubo, según una, termas que costeó Sempronia Fulvia; según otra, un monumento consagrado á Apolo; mas no se sabe de cierto dónde este ni aquellas estuvieron. ¿Podrá parecer raro, cuando hasta se ignora dónde estuvo situada antiguamente la ciudad? (2)

(1) Tito Livio refiere muy detalladamente esta toma de Jaén: á lo que decimos en el texto añade él este desgraciado accidente: «Itaque patefacta repente porta, frequentes ex oppido sese egerunt, scuta præ se tenentes, ne tela procul conjicerentur, dextras nudas ostentantes ut gladios abjecisse appareret. Id, utrum parum ex intervallo sit conspectum, an dolus aliquis suspectus fuerit, incompertum est. Impetus hostilis in transfugas factus; nec secus quam adversa acies cæsi: eademque porta signa infesta urbi illata: et aliis partibus securibus dolabrisque cædebantur et refringebantur portæ; et ut quisque intraverat eques ad forum occupandum (ita enim præceptum erat) citato equo pergebat. Additum erat et triariorum equiti præsidium: legionarii cæteram partem urbis pervadunt direptione et cede obviorum nisi qui armis se tuebantur.» Liv. lib., 28, cap. 3. El temor de que los que salían de la ciudad con las manos desarmadas no les tuviesen preparada alguna asechanza, hizo que los romanos tomaran al fin con gran derramamiento de sangre lo que podían haber conquistado por medio de una capitulación que debía serles muy favorable.

(2) Hemos encontrado aún y leído en Jaén las inscripciones romanas siguientes:

Domináronla después los visigodos, más tarde los árabes, y ni vestigios quedan tampoco de esas antiguas razas conquistadoras, cuyo imperio sólo pueden acreditar ya algunos muros, la puerta de Martos y los escasos restos de la de Granada. Tuvieronla sujeta á sus armas los árabes por más de cinco siglos: le dieron walí, y la consideraron como una de las principales ciudades de Andalucía; fundaron en ella mezquitas, levantaron un alcázar y un palacio, y después de los sangrientos trastornos que agitaron é hicieron pedazos su monarquía, se esforzaron aún en engrandecerla, declarándola no ya capital de una provincia, sino de un reino. Le dieron tanta importancia y la fortalecieron de manera, que envidiada por cuantos aspiraban al poder, veíase á cada paso combatida por todo género de

tes, á las que principalmente nos referimos en el texto: En el patio de la iglesia de la Magdalena:

1.<sup>a</sup> D. M. S.  
Q. ANNIUS  
FELIX. AURG.  
ANNOR. LXXXV  
PIUS. I. S. H. S. EST.  
T. L.

2.<sup>a</sup> D. M. S.  
M ( ) M ( ) VE  
NUSTUS  
SEVIR ( )  
( ) VXXII.

3.<sup>a</sup> APOLLINI.  
AUG.  
Q. ANNIUS

D. D.

En el exterior de la pared meridional de la iglesia de San Miguel:

C. SEMPRONIUS (C. F S A. I) SEMPRONIANUS II VIR. BIS.  
PONTUFEX PERPET SEMPRONIA FUSCA VIBIA A ( ) IC ( ) IA  
FILIA THERMAS AQUA PER (DU) CTA CUM... IVIS ( ) NUAR  
TRECENTARUM PECUNIA IMPENSAQUE. SUA O ( ) NI D. D.

(Rota la piedra en que está contenida esta inscripción, y pésimamente escrita, ó por mejor decir redactada, no es en todas sus partes igualmente inteligible; pero creemos que sin dificultad cabe colegir de ello lo que acerca de unas antiguas termas decimos en el texto.)